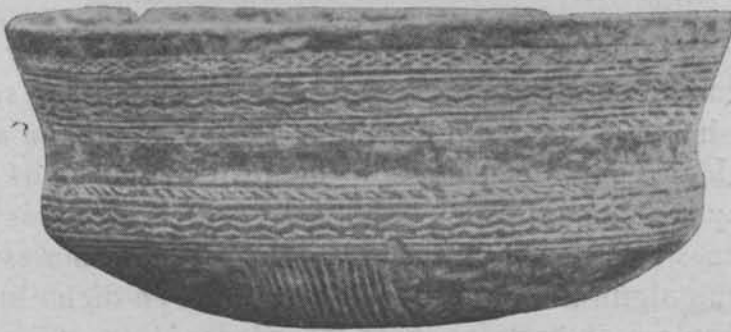


El Vaso Campaniforme de Fuente-Palmera

Al culto Ingeniero Don Manuel Martínez Lora, para su satisfacción personal y para que sirva de ejemplo su conducta llena de sencillez y patriotismo.

Llegó a casa con la faz satisfecha y rebotante de alegría que suele mostrar quien compromete su corazón en una buena obra. Bajo el brazo traía un envoltorio cuidadosamente sujeto con ambas manos, como temiendo que se pudiera caer y romper en mil pedazos. ¿Es Ud. Fulano?—me preguntó mientras desenvolvía su paquete—. Yo soy, en efecto; qué desea?

Ante mis ojos quedó descubierto aquel extraño objeto: era una



El vaso campaniforme de Fuente Palmera

vasija, ni bella ni vulgar, rara, atrayente y... misteriosa por aquel gesto de amoroso cuidado con que fué traida: era sobre todo una pieza preciosa, digna de figurar en el mejor Museo de Europa.

—¡Magnífico ejemplar!—le dije, abriendo bien los ojos para convencerme de su autenticidad. —¿No le parece así?—asintió él pasando su mano abierta por la tersa superficie del vaso, acariciándolo. No lo ví mejor en Carmona ni en Ciempozuelos; dónde lo halló Ud? —En tierras de Hornachuelos, entre Fuente-Palmera y el Guadalquivir, en unos breñales que desmonto para emprender nuevos cultivos que me interesan mucho, pero no tanto como este cacharrito que he

salvado de perecer a golpe de azada entre terrones, comprendiendo que sería un crimen destruir lo que han respetado tantos siglos.

Era una cazoleta de barro rojizo, suave y sedoso como cera virgen, con tonalidades pardas brillantes, adornada con verdaderos encajes de ondas y redecillas blancas que ciñen su contorno como diadema de plata mate. La tomé en mis manos y con mi vista codiciosa de coleccionista examinaba sus dibujos correctos de retículas, zigzags, bandas incisas, obra de paciencia femenina, como las labores de randas y bolillos de nuestras mozuelas.

Temía que se resbalase de entre mis dedos y que su forma pastorial de queso añejo se deshiciese en polvo de siglos. —¿Qué antigüedad le atribuye Ud.? Yo, a pesar de mis estudios ingenieriles que me iniciaron en los secretos geogénicos, sólo llego a vislumbrar que se trata de uno de esos vasos que Uds. los arqueólogos llaman «vasos campaniformes».

A la sombra del florido naranjo de mi patio le ofrecí una silla y en pocas palabras le informé, exprimiendo de mi cerebro, lo que sabía sobre tal materia. —Vea Ud.—le dije—, es la pieza de vajilla más antigua y valiosa de Córdoba; los 3.600 años de inhumación no le privan ni deslustran de la frescura y belleza de una cosa reciente; amorosamente la tierra misma le ha preservado de roces y de golpes mientras cumplió su misión de acompañar al dueño en su vida de ultratumba, hasta el día de su hallazgo. Pero veo que en su interior ha dejado Ud. un puñalito triangular de bronce que es de igual tipo a los que invariablemente suelen hallarse dentro de todos los vasos campaniformes toledanos; ¿me quiere Ud. decir cómo estaba enterrado? ¿Había algún túmulo, cueva, o dólmen en dicho lugar? —Sí, fué en un sepulcro de grandes losas de piedra junto al cadáver que se deshizo; no había nada megalítico en las cercanías y aunque por allí he encontrado algún vaso algárico y otras cosillas, no puedo afirmar que hubo aquí necrópolis; pero dígame: ¿por qué lo considera tan importante? —Ahora se lo diré y me alegro infinito que haya tenido la idea de traerlo para su estudio. Es importante porque Córdoba fué durante la Edad del Bronce mediterráneo (2000-1500 a. d. C.) uno de los puntos de irradiación de la cultura llamada del Vaso Campaniforme o de las Cuevas, y porque en la sección de Cerámica carecíase de ejemplares que documentasen su incorporación a tan importante periodo, pues los que había son de la cultura algárica, de procedencias desconocidas y de técnicas diferentes. Este tipo de

vaso se suele encontrar en la llamada «cultura de las Cuevas» del valle del Guadalquivir, que en sus comienzos, allá por el año 2000 antes de Cristo, se caracteriza por la carencia de decoración incisa en los vasos, pero que en el grupo sevillano de expansión de Carmona, Ecija, Marchena, etc., se decora con profusa variedad a punzón y líneas de puntos, según lo que se llama «técnica del Boquique», muy diferente a esta de Fuente-Palmera, que es a línea seguida como la de Ciempozuelos y la del grupo toledano. Desde el foco de Carmona (Acebuchal), se difunde el uso del vaso campaniforme en varias direcciones; uno hacia occidente hasta Palmella, en Portugal; otro en ruta hacia el norte, donde origina la cultura toledana de Algodor,



El vaso de Fuente-Palmera, en una interpretación de dibujo a pluma

Vargas y Ciempozuelos, que sigue luego un rumbo nordeste hacia Aragón-Cataluña, pasa el Pirineo y deja huella en Francia, Morbihan, la Roche, Donges, Carnac, Castellet, etc. Un tercer grupo granadino y almeriense, del Acebuchal pasa por Hornachuelos, Fuente-Palmera, Montefrío, Granada, Alhama y Almería y al través del Mediterráneo llega a Cerdeña (nurages), Sicilia, Italia, Bohemia, Mar Egeo y Valle del Nilo

—¿Y cómo fundamenta Ud. que este tipo de vaso es genuinamente español? —Todos estos grupos han sido estudiados detenidamente por arqueólogos extranjeros que antes que nosotros han reconocido la gran importancia de este periodo cultural europeo enraizado en España, y así el catedrático de la Universidad de Berlín, H. Schmidt, en su trabajo «Zur Vorgeschichte Spaniens», 1913, demuestra que este tipo de cerámica no tiene sus orígenes en Egipto, como suponía Montelius en 1900 y Dechelett en 1908; algo más tarde, en 1909, Wilke y Grössler lo confunden con la cerámica de «cuerdas» del centro y

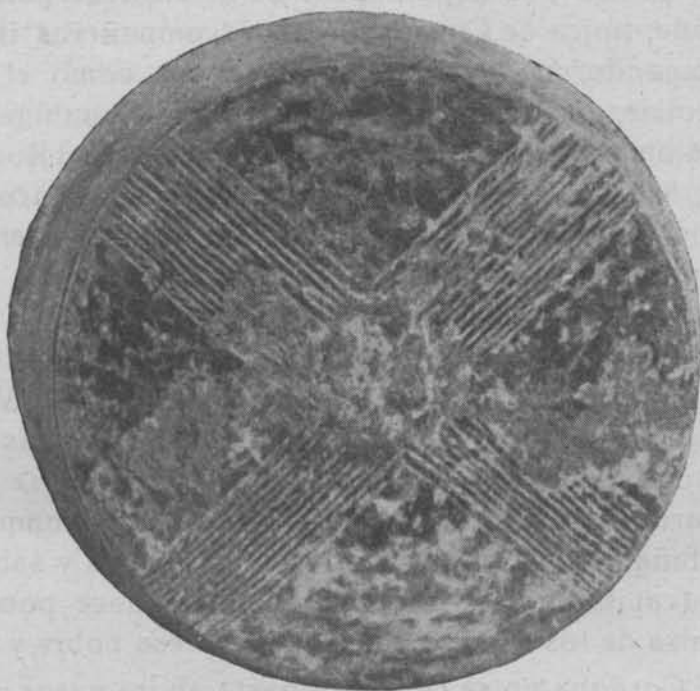
norte de Europa. Schmidt, por el contrario, afirma que el tipo de vaso campaniforme es exclusivamente español y que se difundió por Europa hacia el año 2000, al final del Eneolítico, o sea a los comienzos del Bronce Mediterráneo.

Más tarde el catedrático italiano Palliardi, en 1919, confirma las ideas del profesor berlinés e igualmente las del checoslovaco Cervinka y las del indiscutible Nils Aberg, que van marcando las vías de difusión. Estas teorías fueron recogidas por los catedráticos españoles Bosch Gimpera en 1920 y don Alberto del Castillo en 1928, quienes señalan ya cuatro grupos ibéricos: catalán, toledano, almeriense y sevillano.

Las fechas de su difusión (2000 al 1700 a. d. C.) coinciden cronológicamente con un largo periodo de la historia humana, en que se repiten las oleadas de invasiones de pueblos orientales en dirección al occidente; así la de los dorios, conquista de Troya, destrucción de Creta, la invasión etrusca en Italia, los Hiksos o reyes pastores en Egipto, (Dinastía XII) Tartesos, y el imperio español de Argantonio con un pueblo de cultura ibero-sahariana de agricultores y metalúrgicos que rebasa los límites de su territorio en comercio con oriente y Norte de Europa, a los que surte de cobre y plata y en los que busca el estaño que necesita para sus armas, adornos y herramientas de bronce. Es un gran pueblo que construye sepulcros megalíticos de cúpula, que cultiva las bellas artes, intensifica en gran escala la agricultura y la ganadería, signos todos de cultura y prosperidad.

Tienen una idea religiosa bien definida, con culto a Cibeles, «Magna Mater» y a los muertos, y en cuanto a organización política se refiere construye ya ciudades fortificadas regidas mediante vínculos sociales y económicos por una aristocracia militar llena de sentido y espíritu de solidaridad racial. Esta cultura es la que representa el vaso hallado por Ud. en su finca el «Bramadero» de Fuente-Palmera. La laguna que aislaba a Córdoba de sus hermanas sevillanas ha quedado enlazada en la gran ruta prehistórica que en épocas postglaciales unía en núcleos vitales a Almería, Granada, Córdoba, Sevilla, Extremadura y Portugal en el sur del valle del Guadalquivir, al que el hombre primitivo fué atraído persiguiendo la caza, su elemento básico de alimentación. Aún existen en Hornachuelos cazaderos de ciervos o venados, cabras monteses y jabalíes, que son indicio apagado de la riqueza existente en aquellos días del hombre cazador del paleolítico inferior.

Las vegas del Guadalquivir, frondosas y umbrías, ricas en pastos, breñas, regatos y manantiales, atraieron también al hombre de la Edad del Bronce, que como labrador y ganadero, domina ya a la Naturaleza que le rinde sumisa sus frutos y le sirve de campo de recreo donde caza, no por necesidad, pues tiene sus rebaños, sino por mero ejercicio venatorio en festival que le hace digno de poseer rebaños y embriagarse de mosto. «¡Que bello nombre! ¡El Bramadero! lugar de



Fondo del vaso de Fuente Palmera

celo de las bestias; arroyos con helechos, ciervos y jabalíes, bíblico paisaje con fondos de un Salmo de David «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por Tí ¡oh Dios míol el alma mía». La presencia del hombre actual sigue aún asombrando a las bestezuelas monteses con zumbidos de autos y estampidos de rifles y escopetas. Aquel hombre allí enterrado hace 3.600 años, también huoneaba con su puñalito de bronce entre los breñales donde se escondía la corza y el cervato, para llevar a sus hijos algo más que el pan de cebada cocido en rescoldo de boñigas, y serojas regadas con tragos de cerveza que bebió en esa cazuela adornada y hecha por su mujer con cariños de madre. Los vasos del Acebuchal de Carmona, fueron hallados en túmulos o en silos, recubiertos con una losa y montones de guijos y quizá les sirvió para sacar el grano en mayor

cantidad que la del cuenco de su mano. Este se hizo con barro rojo arcilloso, aquéllos con barro rojo lustrado con grasa fuliginosa negra, pero con líneas blancas incisas rellenas de cal que hace resaltar la blancura del dibujo sobre el negro fondo de la vasija.

Los vasos de Almería pertenecen a la cultura algárica y son menos bellos que éste y posteriores al año 1500 a. d. C., sus labores incisas son más sencillas y no tienen incrustación blanca. Juntamente con este tipo de vasos se hallan cuchillos de bronce o puñales de lengüeta alargada, típica de Ciempozuelos y compañeros inseparables del vaso campaniforme; alabardas, ídolos-placa, como el de Espiel, cuentas de collar, agujas, flechas, hachas de piedra pulimentadas o de bronce, de talón sin asas; sepulcros como la cueva del Romeral, Menga, Millares, Alcalar, Matarrubilla, etc. Aún no se conoce el torno de alfarero y los adornos se hacen con punzón sobre el barro fresco y blando o con una ruedecilla para la de líneas de puntos, a veces la concha «cardium».

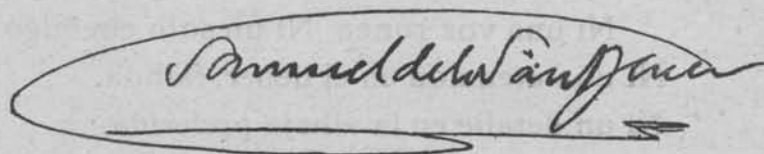
El cobre que suele buscarse en Huelva, no era preciso traerlo de allí, porque aquí lo conocieron y explotaron en el Cerro Muriano que nos ha dejado inequívocas muestras de laboreo de minas prehistóricas, así como también de plata en Jaén y Almadén, Sierra Almagrera. El estaño, para la aleación del bronce, parece que aunque se solía traer de Bretaña, también lo beneficiaron en Huelva y sabido es que en Córdoba (capital) lo han beneficiado hasta hace pocos años la compañía suiza de los señores Putzi, en empresa pobre y ruinosa.

Como en Córdoba no se conocían hasta ahora vasos campaniformes sin decorar, se estudiaron los que existen en el Museo como *algáricos*, es decir *mastieno*; éste en realidad debiera llamarse de cultura *tartesio*, anterior al célebre reinado del rey ganadero Argantonio, amigo de comerciar con los helenos y de competir en la talasocracia mediterránea con los cretenses del rey Minos, púnicos del rey Hiram y egipcios de Tuthankhamón o caldeos de Hamurabi, legislador también como Argantonio.

—Convencido con sus argumentos me considero menos digno de conservarlo y me honro en regalarlo a ese Museo—Mil gracias.

Con estos antecedentes ya puede Vd. figurarse el interés que entraña ese vaso que con tanta satisfacción como generosidad regala hoy al Museo Provincial de Arqueología. Hace 20 años apenas poseía unos mazos de las minas del Muriano; hoy la sección de Prehistoria tiene una magnífica colección que honra a los investigadores

que la han legado como Vd. y el llorado ingeniero D. Antonio Carbonell Trillo-Figueroa, que volcó en estas vitrinas todo el fruto de sus investigaciones de plena juventud. Muchos de sus objetos son envidiados por los más completos del extranjero. ¡Que alegría, poder sentir el mérito de estos objetos, de entenderlos y de amarlos! Que privilegio el de poder completar los cinco sentidos que posee toda vida animal con el sentido común que se ramifica en el sentido religioso, el sentido artístico, el cultural, el del espacio y del tiempo, ideas que se sienten y a las que rendimos culto y que nos impulsan al amor, a la generosidad, al respeto y confraternidad humana con todos los siglos. ¡Que satisfacción la nuestra de tener el honor de recoger y conservar estos objetos modestos, de estudiarlos y legarlos como Vd. a la historia de la cultura cordobesa con toda la categoría de orden primerísimo!

A handwritten signature in dark ink, enclosed within a hand-drawn oval border. The signature is written in a cursive, flowing style and appears to read "Samuel del Sainza".

NOTA

Entregado ya este trabajo en la imprenta, cae en mis manos el estudio del Profesor Dr. Martínez Santa-Olalla, «Obras maestras hispánicas de Cerámica de estilo campaniforme», publicado en CUADERNOS DE HISTORIA PRIMITIVA, año 1.º, n.º 2, pág. 65, en que, de un modo definitivo, rebate las teorías del Sr. Castillo Yurrita, que él mismo compartió, según confiesa acerca de la hispanidad del vaso campaniforme.

En vista de ello anoto aquí la enmienda y advierto que hoy mismo redacto un nuevo informe acerca del vaso, en el que rectifico y omito con gran sentimiento mi parcialidad en favor de tan simpática teoría, que convertía a Córdoba en centro de la cultura más brillante de la Edad del Bronce.